
El Día De Las Esperanzas

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9108

Título: El Día De Las Esperanzas

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Cuento, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Día De Las Esperanzas

Faltos de fe y tradición para festejar en Navidad la dicha de haber nacido y de vivir aún, nosotros, pueblos nuevos, festejamos con el primero de enero las esperanzas confiadas a un nuevo año de trabajo.

Nada, en efecto, nos liga indisolublemente a acontecimiento alguno. Ninguna fecha religiosa o histórica ha sacudido tan perfectamente nuestra sangre tradicional, para que celebremos en su aniversario la alegría de sobrevivirla.

Sin pasado aún, cuanto seremos debemos arrancarlo al porvenir. La vida, que como a un niño nos exige así marchar por nuestros propios pasos, sin tradición que nos sostenga, nos tiende su primer escalón —el primer día del año— para que en él hagamos el balance, no de lo que han sido o fueron nuestros padres, sino de lo que debemos hacer nosotros mismos, para honrarla en pie.

Es pues, el día nuestro. Para los ansiosos, los desesperados o los fuertes de corazón, para todos y cada uno de nosotros, el primero del año es el día de las esperanzas.

Para el labrador de la tierra, cuyo esfuerzo devoró el suelo un año entero, y para quien el tiempo reserva exclusivamente sus dos fatalidades, nada alegóricas: la lluvia interminable y la sequía sin fin.

Para el novio sin recursos y con buena fe, constantemente hostigado por la suerte, cuya pobreza sin término va empobreciendo también el corazón de su prometida, y acentúa día a día el ceño de su futura política mamá.

Para el estudiante paupérrimo (quedan algunos), que ha comido sus libros, sus codos y sus ojos, y cuyo perramus alcanzará todavía a remedar hasta fin de año nuestra devoción a la elegancia, más indispensable y cara a él mismo que sus tomos trancos, sus camisas sin faldas y la vista que perdió.

Para los esposos ya maduros, a quienes la vida nada concedió fuera de su

amor estéril, constantemente enternecidos tras los chicos que corren, y cuya pesadilla la constituye, no el perder un hijo, sino el no haberlo podido perder nunca.

Para el conscripto de la patria, a la que ha ofrendado los más bellos días de su pura juventud, rindiéndole sus precoces fatigas de héroe insomne, y cuyo más calmante sueño sería el morir definitivamente por ella.

Para el artista adolescente de alma y edad, cuya vida se entreabre al año que comienza.

Nadie tan desarmado para la lucha como él. Su desinterés lo aísla en la vida actual, solitario y puro como un diamante.

Allá va, sin embargo. Acaso no sea oro su metal: tal vez se equivoque sobre sus fuerzas, y no llegue nunca.

No importa. Él encarna lo más celeste que tiene el alma humana, y acompaña su destino a través de la hecatombe material que la va haciendo trizas. No desmenuzará su conciencia para hacer con sus jirones martingalas de éxito, y no adquirirá por lo tanto un capital. Pero en el balance espiritual que se haga un día de la especie, su sed de ideal pesará más que las arcas de hierro, y para cubrir el déficit de su pobre ensueño de arte, no alcanzará un billón de dólares.

Para el agricultor sin descanso, el novio sin recursos, el estudiante sin ropa, el padre sin hijos, el soldado sin sueño, y el artista sin todo lo anterior: Feliz año nuevo.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)